

**Discurso de Alfredo Meza como estudiante destacado**

**Graduación PAG Caracas**

**4 de noviembre de 2013**

**Señores compañeros de presídium**

**Distinguidos invitados especiales**

**Dr. Gustavo Roosen, Presidente del IESA**

**Profesora Rosa Amelia González, directora académica del IESA**

**Profesora Laura González Ortega, directora adjunta de Innovación y Desarrollo de Productos y coordinadora académica del Programa Avanzado de Gerencia**

**Señores profesores**

**Señores graduandos y sus familiares**

**Señoras y señores**

Cuando hace dos días me enteré de que había sido seleccionado para hablar en nombre de todos mis compañeros, de inmediato empecé a ensayar el comienzo de estas palabras que hoy tengo el honor de dirigirles. No es fácil dar con el tono adecuado en un momento solemne como este. Los que hemos dedicado casi 20 años de nuestra vida al solitario oficio de la escritura periodística y literaria sabemos que la musa no existe. A veces, en días de desespero, pienso que sí existe pero que, altiva, no se deja conquistar fácilmente. He preferido enfrentar la terca mudez de la página en blanco con disciplina para no desfallecer en esa empresa de Sísifo que es la escritura de cualquier texto.

Tenía, eso sí, dos cosas muy claras. No sería yo el heraldo de las malas noticias que a diario nos azotan, ni éste sería sólo un discurso del impacto del Programa Avanzado de Gerencia en nuestra formación profesional. Una tercera razón me anima a hablarles hoy desde la esperanza y el optimismo y no desde la desesperación y el caos. Porque a lo largo de todo un año académico, queridos compañeros, me he dado cuenta que somos parte fundamental de la reserva moral que tiene el país frente al

apogeo de la barbarie. Cuesta reconocernos en nuestras virtudes en medio –no me cabe duda- del más prolongado plan de destrucción del conocimiento que se haya producido en nuestra historia republicana. Hay un ensañamiento contra todo aquel que demuestre sentido común y un mínimo de competencias para resolver problemas. Todos nosotros, estoy seguro, no estamos dispuestos a cederle los espacios conquistados con nuestro sudor, con nuestras horas dedicadas al estudio y al trabajo honesto, a todo aquel que reniegue del valor de la preparación como modo de alcanzar el bienestar.

En esas andaba, decía, pensando cómo empezar, cuando me topé con el informe de la ONG Transparencia Internacional de 2013. La web a veces es un salvavidas cuando estás a un click del naufragio, pero otras veces puede convertirse en un ancla que te baja al fondo del mar. Vi un título y luego no pude dejar de leer todo el reporte. Nuestro país, en una escala donde 1 es muy corrupto y 100 representa la total transparencia, había obtenido 20 puntos en el ranking anual de esa organización. Digámoslo de una buena vez: Venezuela es el país más corrupto de América Latina y uno de los más corruptos del mundo. El ranking del Doing Business de 2013 elaborado por el Banco Mundial no es menos fatal. Esta patria de nuestros desvelos ocupa el lugar 181 entre 189 naciones en el clima para hacer negocios. Como ya muchos de ustedes habrán comprobado, la teoría dice que aquí no hay ambiente para desarrollar negocios. Por ejemplo. Antes de abrir un negocio deben transcurrir 144 días si es que antes no nos ahogamos en el mar de los trámites burocráticos. Pero eso quizá le sirva a los periodistas como yo, hambrientos de títulos pegadores para que nos lean. Pero no para ustedes.

Los temas, como las enfermedades, a veces se imponen sobre nuestra voluntad de reconocernos en lo mejor que mejor hacemos. Yo decidí que hoy no es un día para hablar de lo malo que nos sucede. Los invito a dejarnos de reconocer sólo en los monumentos naturales a la hora de hablar bien del país. Somos mucho más que las playas de Morrocoy y Los Roques, el whiskey campaneado con el dedo índice, o la serena blancura de los andes de Mérida. Vamos a reconocernos en nuestras

creaciones empresariales y culturales, en nuestro trabajo productivo, en el crecimiento que le hemos dado con nuestro esfuerzo a la empresa que nos emplea. Hagamos a partir de ese recuento una íntima resistencia contra el generalizado envilecimiento de nuestra sociedad, pero sobre todo resistámonos a convalidar esa nefasta percepción de que aquí solo queda apagar las luces y marcharse. No me imagino a alguno de ustedes haciendo maletas, junto a sus hijos, llevándose a otro país ese cúmulo de experiencias que hemos acumulado a lo largo de este último año. Si somos hijos de la incertidumbre, es precisamente en la incertidumbre donde mejor sabremos movernos para generarle valor a nuestro trabajo.

Estas palabras no deben ser interpretadas como la defensa chovinista del país. El nacionalismo limita el horizonte individual y es la vía expedita a la barbarie y el atraso. El nacionalismo también estimula odios que se asientan en el débil y circunstancial argumento del sitio donde nacimos. La verdadera patria del hombre es la infancia, decía Rilke. La patria, afirmó Vargas Llosa en el discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura en 2010, “no son las banderas ni los himnos, ni los discursos incondicionales sobre los padres fundadores, sino un puñado de lugares y personas que pueblan nuestros recuerdos y los tiñen de melancolía, la sensación cálida de que, no importa donde estemos, existe un hogar al que podemos volver”. Todos nosotros, agregó yo, queremos vivir en un sitio decente, donde los conflictos se diriman con apego al estado de derecho, donde nadie se crea más que el otro sólo por el hecho fortuito de ocupar un cargo de poder o lucir charreteras en el uniforme. Pero eso no se decreta. Hay que trabajar duro para lograrlo. La gente decente supera a los malos por muchos cuerpos de ventaja.

Todos ustedes –Alex, Adrián, René, Víctor, Andreína, Gipsy, Gloria, Jeimmy, Alejandro, Fátima, Antonio, Manuela, Argenis Fernández, Rafael Flores, Patricia Gudiño, Felipe, Zulay, Marcos, Gian Franco, Lidia, Publio, Mario, Francisco, Carlos, Patty, Raphael Morales, Karen Mujica, Karen Rodríguez, Gaby, Kory, Adriana, Luz, Argenis Rodríguez, Jesús, Marleni, Yathrib, Wilder, Donna, Mario, Carmen y Jorge– demostraron a lo largo de este año que son los mejores gerentes de este país.

Siempre me contagié del entusiasmo de ustedes y de su indeclinable apuesta por resistir en un país que se empeña en que nos reconozcamos en sus demostraciones de barbarie. Vienen a mi mente las lecciones aprendidas en las clases con los profesores Ramón Piñango y Malavé frente a la tentación de no tomar en cuenta al otro y de pasarle por encima en el afán de demostrar cuán poderosos somos.

Y es que si algo nos dejó el PAG a todos nosotros, fue ese espacio para repensar nuestro futuro en un país turbulento. Egresamos de estas aulas con el indeclinable compromiso de trabajar más duro en el cambiante entorno que nos caracteriza. La visión estratégica de cada uno de ustedes y la propuesta de valor que generan con sus ideas ha dejado una huella profunda en esta institución. En este año aprendimos sobre las tendencias gerenciales en boga y las mejores prácticas que la apoyan: estrategia, procesos, talento humano, gobierno corporativo, sostenibilidad, innovación y servicio. También entendimos que la estrategia no lo es todo. Hay que tener un talento humano con las competencias necesarias para actuar. El grupo de excelentes profesionales que nos formó a lo largo del año pasado nunca ocultó la realidad: estamos en un país en crisis, pero a pesar de eso se puede triunfar si se identifican las oportunidades. No es casual que las grandes empresas sigan apostando por este país. Si bien tienen mucha liquidez, también saben que en ninguna otra parte del mundo obtendrán los márgenes de rentabilidad que aquí se sacan. Hay que ver más allá de lo evidente para identificar esas oportunidades.

Me oigo y no me reconozco en ese lenguaje de gerentes. Yo soy en realidad, para decirlo con Herman Hesse, un lobo estepario. Siempre trabajé como el llanero solitario menospreciando el valor que tiene el trabajo en equipo. Soy hijo de la novela negra, un amante de las teorías de la conspiración y de la crónica periodística. Digo esto y retrocedo 32 años atrás. Estoy sentado en el zaguán de la casa de mi abuela en Los Ruices viendo un documental llamado Oswald mató a Kennedy, que hoy identifico como la piedra fundacional de mi vocación periodística. Allí, al final de esas líneas leí una frase que luego supe que había sido pronunciada por el asesinado presidente de Estados Unidos el día de su investidura. De manera que todo lo que no

fuese la literatura de los maestros europeos o los grandes reportajes era para mi poco menos que nada. Ese error me acompañó hasta hace algunos años. Despreciaba a la gente que tenía como libro de cabecera un libro llamado “Los siete hábitos de la gente altamente efectiva” solía burlarme en silencio.

¿Cómo no se identifican, pensaba, con las grandes novelas de Tolstoi, de Dickens, de Cervantes, Faulkner o Flaubert donde es posible asomarse al abismo de lo humano? Ese sí era un pensamiento provinciano fundado en mi experiencia como líder de equipos periodísticos. Pensaba entonces que mi contraparte del área de mercadeo o finanzas también debía conocer a profundidad cómo pensábamos los periodistas y rendirse ante sus muchos prejuicios, uno de los cuales confieso hoy con no poca vergüenza: hacer dinero es malo. Hoy soy otra persona. Aprendí de ustedes, queridos compañeros, el valor de trabajar en equipo para lograr los mejores resultados y de dar lo mejor de mí para que una organización crezca y pueda ofrecer mejores oportunidades para todos.

Cuando se me ocurrió la feliz idea de postularme para este programa tenía plena conciencia de esas falencias. Necesitaba darle a mi carrera un impulso, como si de pronto me hubiese convertido en un exponente del salto con garrocha. Así, armado con mi pértiga, me dispuse a pasar el desierto que supusieron materias numéricas – Contabilidad, finanzas- y a devorarme las lecturas recomendados para las materias blandas, las más vitales, desde mi punto de vista, para amoblar la cabeza del gerente que curse este programa. Tengo a Víctor Frankl, un sobreviviente de los campos de concentración, y a su libro *Man's search for meaning* como mi sensei de estos tiempos. Recomendado por nuestros profesores de Ética Empresarial Ramón Piñango y José Malavé, este autor identificó tres posibles afluentes para encontrarle significado a nuestra vida: en el trabajo, haciendo alguna tarea que nos reporte algún significado; en el amor (cuidando de la persona que nos necesite) o dando una muestra de coraje en tiempos difíciles. Sobre esto último el autor afirma: “El sufrimiento en sí mismo no tiene sentido. Le daremos significado a nuestro sufrimiento por la forma en que respondemos a él”.

Desde que la leí no he podido olvidar la frase y la he parafraseado para adaptarla a mi nueva realidad. Que no nos inmovilice la crisis. Que esta crisis dispare lo mejor de nosotros. Por mi parte esta experiencia del PAG me ha dejado tan transformado que salí de aquí con un proyecto de emprendimiento que aspiro a concretar muy pronto. No los abrumaré con los detalles. Diré, sí, que si no hubiera pasado por aquí jamás habría me habría animado a escribirlo y probablemente estaría sentado despotricando de los gerentes. Hoy soy ese que fui más el año que pasé cursando el PAG.

Muchas veces me he preguntado, parado frente al abismo que hoy somos, si vale la pena seguir en el país. Cuando me asaltan esas ideas pienso en este año académico que pasé en esta institución y busco en la literatura el borde que me sostiene. Recorro al viejo Kennedy y a una frase del discurso de su toma de posesión en 1961: “Compatriotas, no pregunten qué puede hacer su país por ustedes, pregunten qué pueden hacer ustedes por su país”. Y también apelo a la poesía de Eugenio Montejo. El mejor homenaje a su obra que pudo hacer esta institución es colocarle su nombre a uno de los salones, donde vimos, por cierto, algunos módulos del PAG. Se llama Itaca y es la lectura del poeta sobre el regreso de Homero en La Odisea.

Por esta calle se va a Ítaca  
y en su rumor de voces, pasos, sombras,  
cualquier hombre es Ulises.

Grabado entre sus piedras se halla el mapa  
de esa tierra añorada. Síguelo.

El pájaro que escuchas está cantando en griego;  
no lo traduzcas, no va ahorrarte camino.

Aquellas nubes vienen de su mar, contéplalas;  
son más puros los cielos de las islas.

Por esta calle, en cualquier auto,  
hacia el norte o el sur se viaja a Ítaca.  
En los ojos de los paseantes arde su fuego,  
sus pasos rápidos delatan el exilio.  
Aún sin moverte, como estos árboles  
hoy o mañana llegarás a Ítaca.

Está escrito en la palma de tu mano  
como una raya que se ahonda,  
día tras día.

Aunque te duermas, despertarás en Ítaca;  
la lluvia de este valle, todo lo arrastra  
despacio, hasta sus puertas.  
No tiene otro declive.  
Ya puedes anunciarnos tu llegada, buscar hotel,  
dar al olvido tu destierro.  
Por esta calle no ha cruzado un hombre,  
que al fin, no alcance su paisaje.

Prepara el corazón para el arribo,

Una vez en su reino, muestra tu magia.  
será el reto supremo del exilio.  
A ese mar no se miente. La furia de sus olas  
todo lo hace naufragio. Pero no te amilanes.

Demuéstranos que siempre fuiste Ulises.

Buenas noches a todos.